

Si soy capaz de saber cómo

[1]



Y, si no lo soy, contaré la bronca que me echó por la tarde en el museo del Prado, frente a la fragua de Vulcano — le dije a mi amigo, no muy seguro yo de no estar improvisando —, por tener tan poquísimos seso y tan nulo sentido de la responsabilidad tomando decisiones de tanta importancia y que afectan de un modo tan esencial a, dijo, “las vidas de todos nosotros” e incluso, abundó, las de personas del todo inocentes que están

lejos, tan tranquilas o tirando de sus propios problemas como pueden o como su creador les da a entender, y no tienen la menor idea ni de nuestras existencias ni de los líos que nos traemos.

— Con lo sencillo que hubiera sido que usted — “me reprochó, abanicándose con el catálogo”, catálogo que en realidad no era tal sino un periódico deportivo, doblado, que llevaba bajo el brazo un hombrecillo de mono azul que tomaba un cortado en la barra — se inventara otro tipo de historia; de otras gentes que no fuésemos ni yo, ni mi marido, ni sus padres ni mis hijos ni nadie de nuestros familiares ni de nuestros conocidos ni de nuestro entorno. Y ahora — “agregó en tono muy sereno, doblando el catálogo y metiéndolo en su bolso”, dije mirando cómo el hombrecillo salía por la puerta con su mono — pretende salir del embrollo en que nos ha metido a todos desviando la atención del lector, confundiéndolo de una forma del todo deshonesto con no sé qué bronca que, entérese, y vaya si es que quiere salvar su obra cambiando de idea, no

Si soy capaz de saber cómo

[2]

pienso echarle y, menos aun, aquí, delante de todo el mundo y sola, o, bueno, con usted pero

Y ya tenía puesto el “pero” y el “pero” es prueba inequívoca de que a continuación va a venir una argumentación que dé un juego, cuando desde mi espalda me llegó la voz de Lola y, como mi amigo al oírme nombrarla pareció salir de la modorra o desinterés en que lo venía viendo sumido y de nuevo interesado alzó la mano derecha y con el índice marcó en el aire uno de esos puntos indefinidos que indican aquiescencia o que la ocurrencia es estupenda¹, quise volverme para darle las gracias por su aparición tan oportuna pero — un “pero” en el que con la euforia de ver a mi amigo de nuevo ilusionado no había reparado al oírla — no tuve tiempo porque ella, una vez encarrilada, remató su propio “pero” con... Pero va a quedar mejor presentado si lo transcribo exactamente como fue.

Es decir, así:

– Pero que es peor que sola “porque a ver cómo le explico yo a mi marido, después de haberle dicho que iba al colegio a hablar con el tutor del pequeño — y usted escriba, dijo, dándose media vuelta para pasar a ponerse con la estantería, no se me quede mirando con cara de tonto, que si se lo tengo que repetir no va a salirme igual —, que he pasado la tarde con usted mirando cuadros”.

¹ **Y la frase demasiado larga** para, total, no aportar más que detalles accesorios, pero necesitaba, necesito — hoy precisamente que, como los males nunca vienen solos y qué verdad es, estoy en un café que me es extraño porque en el mío había un letrero de “cerrado por asuntos familiares” — unos gestos y una actitud en mi amigo para ubicarme, ambientarme un poco.

Si soy capaz de saber cómo

[3]

– “Es que lo lógico — *le contestará usted que perdone que se lo diga... que hay que ver la de polvo me contestó pasando la gamuza por los libros que cogen los libros, no sé para que tiene tantos sin tiempo de leerlos con tanto escribir; perdone que se lo diga pero usted es muy cartesiano y no tiene apenas imaginación* — cuando se está en un museo es mirar cuadros”.

– ¿Y qué hay de malo en eso? — Le dije a mi amigo que le respondí, es decir le pregunté yo.

– *Pues eso precisamente* — seguí contándole a mi amigo que me había contestado ella — *que cómo no sabemos si ella miente bien o no, lo más conveniente va a ser que tire usted por el camino fácil y diga sencillamente la verdad.*

– Pero es que yo — le dije yo a mi amigo que le dije, aunque sabiendo que al decirlo ella volvería a la carga con *¿lo ve?, ¿ve usted cómo tiene poquísima imaginación?* que yo omitiría repetirle a mi amigo no sé si por no resultar reiterativo o porque no supiera que me lo había vuelto a decir, pero lo decidiría en otro momento por no perder ahora el hilo — no soy el tutor del niño, así que...

– Ahí iba yo — ella, que me canso de dar tantas explicaciones y de ocuparme de que hable en cursiva, que voy a acabar encima confundiéndome y sin saber ni yo mismo quién dice qué —; que y mire usted que lo siento porque además de desdecirme, que un poco de rabia ya me da, dicho sea entre paréntesis (que yo no puse entendiendo que como eran parte de su propio texto no hacían falta) pero bueno — el reloj de la iglesia dio la una justo en el momento en que ella colocaba el último libro desempolvado en el estante y tiraba de la lazada de su

delantal —, ha sido mi error y justo es que cargue con la culpa, lo voy a obligar — que esto ya lo dijo subiendo la voz según iba alejándose por el pasillo — a hacer un tachón pero así son las cosas y, en fin, ella... o, no, espere, quizás mejor usted, usted la vio bajar del autobús y la siguió — y, ya regresando con su ropa de calle, que Lola lo hace todo muy deprisa y se aproximaba el repiquetear de sus tacones por el parqué —: ¿Qué le parece?

Se plantó muy sonriente delante de mí con su bolso al codo, y encajándose los guantes que dijera algo.

La miré, allí con su empaque y tan elegante como siempre; e iba a decirle, eso, que estaba tan elegante como siempre. Pero había terminado de ponerse el segundo guante y dijo “aunque de momento va a ser mejor que se quede donde estuviera y mañana me lo cuenta porque dependiendo del lugar en el que usted... o del que ella viniera y al que se dirigiese... Pero ahora tendrá que disculparme, que hoy he llegado puntual y como comprenderá no tengo ganas de hacer horas extras”.

— Porque usted, tan cartesiano — agregó, viniendo a ponerse a mi espalda para leer ahora sin disimulo ninguno (que no me pareció mal entendiendo que estaba fuera de su horario laboral) lo que había escrito por encima de mi hombro —, querrá saber por qué; y eso, como con lo complicado que va a ser meterle en la cabeza una cosa tan sencilla va a merecer un capítulo aparte, mejor lo dejamos para mañana que... déjeme ver — y fue deslizando su dedo enguantado uno por uno por los últimos renglones para detenerse en el parqué —, sí, aquí está, que ha sido, tengo que felicitarle y darle las gracias por la parte que me toca, una idea fantástica porque se queda estupendo en un

Si soy capaz de saber cómo

[5]

periquete con una pasada de mopa mientras que la moqueta y tanta aspiradora... Así que — concluyó — va a sobrarme una hora que podré dedicar a su... ¿cómo era?, ¿magna obra?

Y con un escueto bueno adiós se giró y echó a andar hacia la puerta.

– ¿Qué autobús? – Alcancé a preguntarle.

– ¿Lo ve como no me escucha?

Y la puerta se cerró.